



ATLAS HISTÓRICO DEL URBANISMO ESPAÑOL

Fernando de Terán



FERNANDO DE TERÁN TROYANO

La preparación de este libro viene haciéndose desde hace años, pues el autor la ha simultaneado y la ha alimentado con su actividad profesional como urbanista, investigador, historiador y docente. Arquitecto desde 1961 y técnico urbanista desde 1967 es, en la práctica privada, autor de numerosos trabajos de planeamiento y diseño para diversas ciudades españolas. Asimismo, ha ejercido cargos directivos como subdirector general de urbanismo, director técnico del Área Metropolitana de Madrid y director general del Instituto de Estudios de Administración Local.

Fue catedrático de la Universidad Politécnica de Madrid, en la Escuela de Ingenieros de Caminos (1980-1993) y en la Escuela de Arquitectura (1993-2001) donde dirigió el Departamento de Urbanismo.

Es autor de otros diez libros sobre temas urbanísticos y de historia urbana, así como de numerosos artículos, ensayos y colaboraciones en libros colectivos. En 1968 creó *Ciudad y territorio*, primera revista española dedicada solo a urbanismo, que dirigió durante veinte años, y en 1997 creó la revista *urban*, que dirigió hasta 2007.

En el año 2000 se le concedió la Medalla de Oro de Urbanismo de la Comunidad de Madrid, y en 2005 el Premio Rey Jaime I en Urbanismo, Paisaje y Sostenibilidad.

En 2002 fue elegido académico numerario de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, de la cual fue director durante seis años (2014-2021) y de la que sigue siendo director honorario y presidente de la Comisión de Monumentos y Patrimonio Histórico.

ATLAS HISTÓRICO DEL URBANISMO ESPAÑOL

Fernando de Terán

PREÁMBULO

MANUEL DE TERÁN*

Si se examinan los factores geográficos de mayor importancia, las constantes históricas más arraigadas y los más característicos tipos de asentamientos humanos originarios, la clasificación que resulta más significativa, que se presta mejor a las síntesis y que da lugar a divisiones más equilibradas responde a la división del territorio peninsular en tres grandes zonas.

La zona septentrional, de clima templado y húmedo, análogo al de la Europa occidental, es la de predominio céltico y celtibérico, la que interesó poco a los árabes y sobre la que se montaron los más importantes reinos de la Reconquista. Su colonización responde a una gran dispersión de pequeños núcleos urbanos, a veces sobre preexistencias celtas o romanas, localizados por razones de carácter militar y por estrategias medievales.

La zona meridional comprende la meseta sur, caracterizada por un clima extremado y seco, y Andalucía, donde el porcentaje de tierras altas de análogo clima es muy elevado. Es donde la cultura árabe ha dejado huella vigorosa en las estructuras urbanas.

Y lo propio de la zona oriental es su carácter mediterráneo, con predominio del clima cálido. Abierta a las colonizaciones de griegos, fenicios, cartagineses y romanos, la tierra ibérica fue luego el reino de Aragón. Le corresponde una colonización característicamente urbana con ciudades y pueblos importantes.

La forma de los asentamientos urbanos es variada en esta tierra de encuentro y mezcla de civilizaciones diferentes. Desde la más remota Antigüedad los colonizadores iniciaron sus asentamientos según dos patrones muy distintos: al norte, al amparo de la vegetación, los castros eran agrupaciones de chozas colocadas sobre el terreno sin ajuste a disciplina viaria alguna, mientras que, en el espacio mediterráneo, los más antiguos colonizadores alinearon siempre las viviendas a lo largo de calles. Las colonizaciones romana y árabe desarrollaron aquí las fórmulas urbanísticas del mundo clásico y del mundo oriental que han vivido hasta hoy, con algunas modificaciones derivadas del descubrimiento de la perspectiva, de la idea barroca del espacio, del intento posterior de introducción de la naturaleza en la ciudad por el higienismo y de las ideas urbanísticas modernas provenientes de Europa occidental, con formas diferentes de asentamiento de mayor dispersión e independencia entre edificación y trazado viario.

El conocimiento del origen de cada tipo de asentamiento, la permanencia o no de los factores que lo determinaron y la investigación de las formas del futuro son temas de evidente trascendencia económica, social, cultural y estética para el porvenir.

* A mediados del siglo XX estaba en proyecto un Plan Nacional de Urbanismo para cuyo desarrollo se solicitó la participación del geógrafo Manuel de Terán (catedrático que fue después académico de las Reales Academias de la Historia y de la Lengua), quien rehusó la colaboración y salió cortésmente del paso escribiendo unas palabras a modo de breve presentación histórico-geográfica. Esas palabras nunca se publicaron, ya que aquel Plan nunca pasó de ser una frustrada aspiración, pero, dado el carácter de apretada síntesis certera e intemporal de las mismas, bien pueden servir para introducir ahora esta obra que aquí se presenta. Sirvan también como muestra de gratitud y de tardío homenaje a quien inculcó desde muy pronto al autor de esta su permanente interés por la ciudad.

9	Introducción
27	I Antecedentes
53	II Hispania
81	III Al-Ándalus
117	IV La cristiandad
173	V El Imperio
223	VI América
261	VII La Ilustración
321	VIII La industrialización
415	IX La modernidad
501	X La globalización

INTRODUCCIÓN

COMPLEJIDAD DE LA HISTORIA URBANA

HISTORIA URBANA EN ESPAÑA

HISTORIA URBANA COMO HISTORIA
DEL URBANISMO

LA REPRESENTACIÓN GRÁFICA COMO FORMA
DE CONOCIMIENTO. CARTOGRAFÍA URBANA
Y OTRAS FORMAS DE REPRESENTACIÓN

FRACCIONAMIENTO CRONOLÓGICO DE UN
RELATO MULTISECULAR

AGRADECIMIENTOS

Todo el que ha sentido interés por la historia humana se ha preguntado alguna vez cómo se llega a su conocimiento y construcción, ya que se trata de una disciplina que se ocupa de lo que ocurrió en el pasado, sobre lo cual no puede haber examen ni observación, y toda la información que existe sobre ello solo puede proceder o bien de relatos de testigos presenciales, y es por ello producto de experiencias inevitablemente limitadas, temporal y espacialmente parciales y subjetivas, o bien provenir de generalizaciones elaboradas sobre suposiciones, que tampoco pueden considerarse exentas de subjetividad y parcialidad, y solo pueden concluir en interpretaciones no siempre coincidentes.

Sabemos hoy, después del debate clarificador de los años setenta y ochenta del siglo pasado, que, de un modo muy distinto a como lo hace el conocimiento científico, el conocimiento histórico nos provee de otra forma de conocimiento válido para entender la realidad, otorgando importancia epistemológica a la historia, al afirmar que solo conociendo el pasado se pueden entender muchas cuestiones del presente, pues este es el más reciente eslabón de una cadena de antecedentes que en parte lo explican, añadiendo que por ello el presente es el eslabón en formación que facilitará la explicación y el entendimiento del futuro.

Esta perspectiva obliga a hacer alguna precisión para alejar equívocos, porque el estudio de los procesos históricos, más allá de aportar simplemente el registro del orden secuencial de unos acontecimientos derivados unos de otros, resulta revelador del decisivo papel perturbador de esa secuencia, que han ido desempeñando la voluntad y las acciones de los hombres, al ir incidiendo sobre la marcha de los acontecimientos, provocándolos o condicionándolos, y desvelando al mismo tiempo la importancia que en ello ha tenido el pensamiento que estaba detrás de esas acciones.

Y es así, al comprobar la influyente presencia activa del pensamiento y de la voluntad humanos en el desarrollo de los acontecimientos, como se desvanece cualquier tentación de lectura determinista de la historia y

como aparece la identidad peculiar de esta como forma de conocimiento que, al escapar a la identificación de regularidades sistemáticas, no puede usar la predicción. Se constata así que el pasado, aunque pueda contribuir eficazmente a explicar la formación del presente, nunca lo condiciona, ya que esa formación, a través (en gran medida) de las acciones y del pensamiento que están detrás, está abierta, no es previsible, como no son previsibles la imaginación y la creatividad humanas.

Esta peculiaridad de la historia, que la diferencia de las demás ciencias que pueden practicar el examen y la observación, ha dado lugar, como es sabido, a muchas reflexiones sobre esa dualidad existente entre lo que ocurrió realmente y lo que se ha contado de ello, habiéndose llegado a proponer la distinción entre la historia de la realidad (de los hechos realmente ocurridos, que sería la historia) y la historia como estudio de esos hechos (que sería la historiografía)¹.

Lógicamente, no vamos a entrar en esas cuestiones ajenas a la intención de esta obra, dedicada a presentar una historia de la evolución de las ciudades españolas. Pero, dada su intención limitada, como vamos a explicar, sí puede adelantarse que se trata de una historia construida mediante el examen y la observación del pasado, ya que ello puede hacerse a través de las imágenes del mismo, que fueron siendo realizadas cuando reproducían el presente.

Para muchos historiadores el estudio de la historia es esencialmente un estudio de causas ligado a la pregunta de por qué ocurrió lo que ocurrió². De acuerdo con ello se han construido la mayor parte de las historias de la humanidad, que no han podido dejar de ser en gran medida interpretativas, ya que no siempre hay información suficiente para descubrir las causas de la sucesión real de los hechos. Eso mismo ha ocurrido en el caso de la historia urbana en relación con las causas de la evolución de las ciudades. Sin necesidad de recurrir a la “visión accidentalista” de la historia, que relativiza el interés de la causalidad, parece imposible negar que el enfoque que utiliza esa visión resulta bastante acorde con lo que

revelan las discontinuidades y las rupturas que se encuentran constantemente, sin concatenación apreciable, en la sucesión de las situaciones urbanas que han quedado reflejadas en las sucesivas representaciones gráficas que se fueron haciendo de ellas. Y no, en cambio, con la pretendida concatenación del determinismo que encierra la estricta causalidad.

Complejidad de la historia urbana

Existen muchas dificultades para llevar a cabo las tareas de presentación del pasado por causa de las muy diversas formas posibles de enfocar esa labor. De ahí la heterogeneidad de las aproximaciones que han utilizado los historiadores en relación con la historia urbana, aunque mayoritariamente muestren inclinación a considerar la ciudad como el punto de encuentro y desarrollo de un sistema de relaciones humanas, más que como una realidad física. Pero es tan amplio y heterogéneo el panorama que se ofrece ante el estudio de cuanto puede incluirse para constituir la historia urbana (puesto que ha sido en la ciudad donde se ha desarrollado una parte fundamental de la historia humana general) que, ante la imposibilidad de tratar todo enciclopédicamente, es inevitable adoptar alguna limitación selectiva.

Tengo muy clara esta necesidad de proceder a esa limitación, desde que en 1986 recibiera el encargo del Deutsches Institut für Urbanistik de Berlín de preparar la contribución española para una ambiciosa realización colectiva de un panorama comparativo internacional de la historia urbana en Europa, que luego se amplió a Estados Unidos y a Japón, para lo que recibí unas instrucciones homogeneizadoras enviadas por el citado Instituto. Incluían prolijas indicaciones para la realización del trabajo, ordenado en los campos temáticos señalados en una larga tabla que incluía epígrafes tan heterogéneos como legislación, movilidad social, formas de vida, planeamiento urbano, política de vivienda, arquitectura, infraestructuras, precios del suelo, economía, movilidad física, transporte, artes, ciencias, política municipal, prensa, religión... Esto equivalía a reconocer sin temor que la inevitable heterogeneidad temática que estaba involucrada en el conocimiento de la historia de la ciudad obligaba a entender que la historia urbana debía construirse desde la confluencia de todos los conocimientos que podían llegar de cualquier parte.

Al realizar el encargo de mi participación en ese libro, que se publicó en 1989³, así como años después, al hacer la actualización de la misma para una publicación es-

pañola⁴, pude comprobar no solo la complejidad de esa “historia urbana” así concebida, sumida en la historia general, sino también las dificultades para avanzar en la construcción de una metodología convincente para la misma, entendida como disciplina propia, a pesar de los esfuerzos que estaban siendo realizados en ese sentido⁵. Si es frecuente, en general, reconocer la imposibilidad de encontrar eso que llaman “el sentido de la historia”, cuya frustrada búsqueda ha provocado tantas veces la tentación de inventar ese sentido, más debe serlo en el caso de la historia urbana, lo que explicaría que esa búsqueda se haya perdido muchas veces, en pos de las explicaciones causales de la configuración física o espacial de la realidad urbana, a partir de los ámbitos económicos, sociales, políticos y culturales en general.

Desde el intento inscrito en la herencia positivista de ver la transformación de la realidad urbana como una secuencia evolutiva natural, compuesta tanto de situaciones previsible como de inevitables precipitados de procesos naturales ineluctables, se pasó a la busca de la relación entre las formas de organización social y las formas de configuración del espacio, en la línea que trataba de establecer correspondencias e interdependencias biunívocas que explicasen con relaciones causales las configuraciones urbanas como resultado de los sistemas por los que se rige la sociedad que las habita, o como expresión de ideologías, o de situaciones culturales, o de relaciones de poder, o como traducción espacial de las relaciones humanas según la organización de la producción y de la fuerza del trabajo. Estos temas, convertidos luego en tópicos de demostración nunca alcanzada (la ciudad como expresión espacial de la sociedad, la correspondencia entre forma urbana y forma social, la relación entre espacio y poder...), después del agotamiento de los intentos marxistas de los años sesenta y setenta, provocaron por reacción muchas huidas simplificadoras hacia el otro extremo, afirmando la autonomía de los procesos morfotológicos en el espacio y exaltando la independencia entre las formas físicas y las situaciones históricas generales. Apareció así la llamada “aproximación espacial”, para la cual lo físico está desligado, en cuanto a sus procesos de organización y de configuración, de cualquier influencia ajena a la autonomía del propio proceso morfológico, con su lógica propia: lo morfológico no como resultado espacial de lo social, de lo económico o de lo político, sino como variable independiente. Porque el análisis en profundidad del proceso secuencial de la sucesión de los hechos, más que aportar el registro de una evolución con todos los hechos derivados causalmente de los anteriores, era revelador de la existencia de

discontinuidades, sorpresas, “accidentes” y episodios sin concatenación.

Todo esto aparecía sintonizado, por una parte, con la revisión de la concepción de la arquitectura en los años setenta y ochenta, que independizaba de la forma no solo el contenido social, sino también la propia función, afirmando la primacía de aquella, ya que, como demostraba precisamente la historia urbana, cualquier forma podía albergar bien cualquier función. Por otra parte, enlazaba con las formulaciones del historicismo epistemológico que reafirmaban el carácter idiográfico y no nomotético de la historia. La aparición de las formas de organización del espacio urbano, así como sus transformaciones, debía verse más como sucesión contingente de acontecimientos y de hechos físicos discontinuos, incluso a veces incoherentes entre sí, que van produciendo el resultado de una realidad urbana aleatoriamente acaecida, como una adición de múltiples fragmentos heterogéneos yuxtapuestos, de modo que no cabe forma alguna de determinismo en la visión del proceso. Así, hacer historia urbana no sería construir el relato de un proceso lineal ordenado en el tiempo, hecho de sucesiones encadenadas y coherentes de causas y efectos, sino identificar las diversas yuxtaposiciones (la ciudad como palimpsesto) que de forma discontinua han ido configurando la realidad sucesiva o simultáneamente, a la que no se ha llegado inevitablemente de forma evolutiva, sino por un proceso de ensamblaje (la ciudad como *collage*) de fragmentos discontinuos (con tejidos de relleno), ausente la rigurosa concatenación de situaciones derivadas causalmente unas de otras. La ciudad como artificio contingente no sujeto a leyes, frente a su visión como resultado obligado de una evolución natural: artefacto histórico frente a objeto o ser natural. Por ello, la historia urbana puede ser entendida como un campo independiente de la historia general.

Afortunadamente, la posición que al respecto se puede adoptar hoy no necesita ser radical ni excluyente en ningún sentido, porque ya no se trata de combatir intelectualmente, defendiendo posiciones en el campo de la teoría del conocimiento. La antihistoricidad caracterizadora del movimiento moderno en arquitectura se ha visto superada por una forma diferente de contextualización, entendiéndolo nuevo no como negación destructiva de lo anterior, sino dentro de una reapreciación de la historia como ayuda para la inserción de lo nuevo. Y se ha aceptado que, aunque los hechos físicos puedan entenderse autónomamente, su desarrollo y sus transformaciones están inevitablemente conectados con lo

que ha ocurrido y ocurre simultáneamente a su alrededor, por lo que debe admitirse que, aunque los aspectos espaciales puedan tener su propia generación y su propia dinámica autónomas, y sea ingenuo o pretencioso mostrar sus correspondencias exactas con los hechos históricos generales, la aparición, la configuración y la variación de los hechos físicos no puede ser absolutamente impermeable al contexto de las situaciones culturales generales y su estudio no puede ignorar los factores políticos, económicos, demográficos y culturales circundantes.

En ocasión anterior escribí que nunca me había sentido capaz de descubrir las brillantes explicaciones que todo lo relacionan causalmente, permitiendo aclarar el origen cultural de las formas de organización del espacio, y que, por el contrario, en alguna ocasión y para algún caso he defendido la autonomía de los procesos lógico-formales que sigue esa organización. Y añadía que, así como no creo en la sistemática correspondencia biunívoca, tampoco creo en la completa independencia de esa lógica formal, y sí en su contextualización histórica y en el valor de esta para su comprensión⁶. Y ahí sigo, pues creo que, para entender lo que les ha ido pasando a las ciudades en su configuración, es imprescindible conocer algo de lo que sabían y de lo que hacían los hombres que las habitaban y de cómo estaban actuando en general sobre el mundo.

Ello es especialmente evidente e imperativo cuando se consideran no tanto los casos particulares de cada ciudad, sino los rasgos comunes a los conjuntos de ellas en cada periodo histórico o momento cultural, lo que permite construir tipos o modelos generales y hablar, por ejemplo, del barroco urbanístico y de la ciudad barroca. Por eso creo que lo lógico es considerar, junto con los hechos físicos caracterizadores de cada etapa del desarrollo urbano, una referencia contextual a las situaciones culturales en que se producían.

Historia urbana en España

La meritoria labor iniciada por investigadores pioneros ya desde el siglo XIX fue luego continuada en el XX por algunos maestros de historia en la Universidad, que iniciaron en este país el estudio de la historia de la ciudad. Pero un gran despegue posterior, especialmente en las últimas décadas, ha supuesto un impresionante enriquecimiento del conocimiento y de la bibliografía española en el campo de la “historia urbana”. Porque en este, como en otros países, se ha definido como disciplina propia y se

INTRODUCCIÓN

ha generalizado como materia de estudios especializados tanto en los ámbitos académicos tradicionales y en las antiguas instituciones, con abundancia de valiosas investigaciones originales nuevas, como en las muchas nuevas instituciones que han proliferado en el país por iniciativas municipales, autonómicas, estatales y privadas: institutos, laboratorios, talleres, museos, bibliotecas, fundaciones y centros de documentación, a los que ha llegado la ingente ayuda que supone la informática y en los cuales abundantes equipos de investigadores cubren todos los campos, desde la excavación arqueológica para conocer remotos antecedentes hasta el seguimiento de lo que ha pasado recientemente.

Especialmente destacable es el alto nivel alcanzado por la Universidad, en cuyas cátedras se encuentran eminentes historiadores acompañados de equipos de profesores muy cualificados que mantienen viva la investigación, y que en muchos casos han acometido obras de gran aliento. Además, está ahora también la participación en proyectos internacionales de investigación, realizados por colaboración entre universidades, como Urbanhist y URB-HealthS, patrocinados por la Unión Europea.

Es mucha, en efecto, la producción en las décadas recientes de investigación original, que ha proporcionado en poco tiempo, y sigue proporcionando a diario, un notable aumento del conocimiento de muchos aspectos de nuestra historia urbana a través de numerosísimas monografías y de múltiples estudios de casos concretos urbanos y territoriales, así como de temas sectoriales que han sido y son minuciosamente examinados e iluminados en profundidad, con seriedad y rigor científico. Pero, además, al mismo tiempo, la historia en general y la historia urbana dentro de ella se han convertido en un extenso campo cultural inusitadamente atractivo, que está siendo explotado editorialmente a través de una desbordante producción bibliográfica, en gran parte dedicada exitosamente a la presentación asequible para un gran público y que incluso ha despertado la atención comercial de las revistas de gran tirada y ha producido una sorprendente proliferación de un género que invade los quioscos callejeros con textos de calidad a cargo frecuentemente de profesores y, a veces, con imaginativas y atractivas recreaciones visuales preparadas por nutridos equipos especializados en una fastuosa presentación gráfica⁷. Incluso existe un espectáculo público que tiene por contenido un montaje deslumbrante con cientos de actores, cuyo argumento es un recorrido por la historia de España, por no hablar de la constante presencia de los productos elaborados para la televisión, entre los

que hay serios documentales bien asesorados, aunque también una enorme cantidad de recreaciones de muy diversa calidad y dudosa fiabilidad.

Por otra parte, nuevas técnicas y nuevos instrumentos proporcionan importantes ayudas a la investigación, ya que el uso de las modernas formas de prospección y la fotogrametría en el campo de la arqueología, y especialmente la aplicación de la modelización en 3D, el uso de drones y la restitución virtual, permiten obtener resultados científicos de exactitud nunca antes alcanzada y resulta muy destacable la labor de muchas universidades en una brillante tarea constante, tanto por el descubrimiento y estudio de nuevos yacimientos arqueológicos pertenecientes a las primeras culturas que habitaron la Península como por lo que están añadiendo de nuevo conocimiento a lo que ya era conocido de otros momentos históricos.

Todo ello ha aumentado considerablemente la bibliografía especializada (son innumerables las publicaciones recientes de libros, guías, artículos, actas de congresos, tesis doctorales, etcétera), pero al mismo tiempo se está ofreciendo, por instituciones municipales o autonómicas, una visión inteligible y atractiva de lo que fue en sus días una realidad difícilmente reconocible ahora en los deteriorados fragmentos que de ella se conservan, así como un conocimiento real de cómo fueron muchas cosas pasadas mal conocidas, a través de atractivos montajes en el propio lugar. No obstante, ante ello hay que advertir que a una tan encomiable democratización cultural acompaña alguna vez una utilización tanto política como comercial de esos conocimientos que los banaliza hasta el punto de restarles parte de credibilidad, al convertirlos en soporte de operaciones de fomento del llamado turismo cultural, que en algunas ocasiones convierte, con interesada difusión mediática, una excavación en espectáculo, o una muestra del patrimonio histórico en una especie de parque temático (anunciado como “parque arqueológico”), con su centro de interpretación, su sala de exposición, su proyección de audiovisuales, sus talleres infantiles, su tienda de recuerdos, su cafetería e incluso, a veces, con recreaciones que pueden incluir “viajes en el tiempo”, con actores caracterizados y hasta con supuesta “gastronomía de época”. Todo esto solo puede ser condenable si se ofrece engañosamente como rigurosa versión de la realidad histórica, ya que, como recordó vivamente Fellini a propósito de sus discutidas recreaciones cinematográficas de la vida en la Roma imperial, es absolutamente imposible que sepamos realmente cómo eran los hombres de otras épocas históricas.

Pues bien, ocurre que esa abundancia de iluminadores estudios serios y rigurosos acumula una ingente cantidad de un conocimiento histórico nuevo que es fundamentalmente de carácter temático o temporalmente acotado, y que la señalada profusión de publicaciones está casi siempre dedicada a temas concretos, abordados uno a uno o, en todo caso, por conjuntos particulares o grupos interrelacionados. Y que algunos trabajos de divulgación y las presentaciones hechos desde perspectivas más amplias suelen serlo casi siempre sobre periodos históricos limitados y sobre espacios geográficos acotados, dándose en cambio una notable carencia de publicaciones de carácter panorámico y comparativo que lo relacionen todo secuencialmente, aunque algunas pocas hay, apreciables y bien conocidas⁸.

Por ello, aparte del atractivo intelectual que proporciona en sí misma la visión completa general de la continuidad histórica, parece lógico pensar que, en muchos sentidos y para un gran número de personas, podría ser útil y beneficioso un nuevo intento de síntesis global que presentase un recorrido completo de la secuencia histórica que fuese mostrando, desde su origen, la configuración por etapas sucesivas de la realidad urbana de este país, hasta llegar a su actual situación con toda su amplia y notable variedad. Pero no concebida con carácter informativo, ya que la información es hoy exhaustiva y está fácilmente accesible (hay libros de todo y todo está en Internet), sino con una intención selectiva, interpretativa y contextualizadora, que sirva como marco de referencia estructurante a un conjunto heterogéneo de situaciones, de configuraciones y de imágenes sucesivas, tanto para ese interés público aludido como pensando en el que he encontrado y comprobado tantas veces entre los estudiantes, los estudiosos y los profesionales que se ocupan más directamente del cuidado y del desarrollo de la ciudad. Porque saben bien que, sin conocimiento de la naturaleza histórica de las formas de la realidad urbana, como proceso constantemente elaborado sobre preexistencias, no puede acometerse responsablemente una tarea que no es solo conservación o restauración del pasado, y que la historia es una ineludible fuente y un repertorio inagotable de referencias y de recursos para enfocar el tratamiento del presente y del futuro de lo urbano.

Historia urbana como historia del urbanismo

Es desde esa perspectiva desde donde está enfocada la síntesis panorámica que se presenta en este libro, cuyo interés se centra en los aspectos espaciales, organizativos y morfológicos. Porque la limitación selectiva que ha

sido aquí elegida lleva directamente a hacer, en efecto, una “historia del urbanismo”, entendido este exactamente en la forma en que lo hace la lengua con toda propiedad: ‘organización u ordenación de los edificios y espacios de la ciudad’, así como los conocimientos relacionados con la actuación sobre ella⁹.

Ello explica lo importante que resulta aquí la parte gráfica. Es precisamente ese apoyo lo que permite el examen y la observación, confiando una parte fundamental de la obtención del conocimiento a la imagen y a su capacidad para la transmisión del mismo a través de la expresividad de los dibujos, de la belleza de los planos y de la fidelidad de la fotografía. Debe entenderse que la documentación que se incluye aquí no tiene ninguna pretensión de exhaustividad erudita, pues, como ya señalé, no es ese el objetivo, ya que toda la información está fácilmente disponible en otras partes (repito que todo está en Internet en atractivas presentaciones), sino que ha sido seleccionada en función de su particular utilidad para el seguimiento del proceso morfológico general y para la construcción de su relato histórico. Con este fin, el conjunto de las imágenes (mapas, esquemas, planos, croquis, dibujos, grabados, fotografías...) va acompañado, por una parte, de textos introductorios a modo de presentaciones generales para cada uno de los periodos a los que se ha referido la descomposición narrativa, en los que se trata de hacer referencia a las situaciones históricas y a sus principales características como marcos de inscripción del desarrollo de los hechos urbanos. Por otra parte, las imágenes van acompañadas de los correspondientes comentarios particulares, encargados de la referencia concreta de cada una de ellas, de explicar su contribución al entendimiento del proceso de construcción de la realidad urbana en cada momento, y de su llegada a la situación actual como la vemos y muestra hoy la fotografía.

Con ello se trata de explicar cómo fue siendo en cada momento la organización espacial, la forma y la fisonomía de la ciudad, gracias a cómo la apreciaron a lo largo del tiempo quienes la vieron realmente tal como era y fueron representando lo que veían, bien en su directa apariencia visual, sensorial, a través de las “vistas”, que ofrecen conocimiento de los aspectos morfológicos, volumétricos y espaciales obtenidos por visión directa de la realidad (aunque a veces pueda ser una visión imaginada de una realidad pasada, presente, futura o ideal), que siempre es parcial, ya que, aunque abarque todo el conjunto, no deja ser solo una de las múltiples visiones que pueden tenerse de él al cambiar el punto de

vista a su alrededor, o bien, por otra parte, a través de una aproximación mental, producto de una elaboración racional que construye una imagen total de lo que sería una proyección sobre el suelo de una realidad que es demasiado grande para ser abarcada por la mirada. Son los “planos”. Solo la fotografía aérea, si es vertical y a distancia suficiente (dron, helicóptero, avión o satélite), puede ofrecer hoy esa especie de vista total (que puede tener un problema de exactitud, ya que, en ocasiones, el perímetro de las áreas edificadas no corresponde a la línea de intersección de las fachadas con el suelo, sino al borde de los aleros de las cubiertas).

Esto es por lo que respecta a la visión general de cada población en cada etapa significativa de su formación. Pero a veces es preciso prestar atención a aspectos parciales, pues al atender a la organización y configuración del conjunto puede verse el papel que juegan algunos fragmentos de espacios urbanos interiores o algunos elementos singulares (y eventualmente la contribución de la propia arquitectura) en la configuración de la ciudad. Por otra parte, está la dimensión territorial, que incluye la distribución de los núcleos urbanos en el territorio y las relaciones de las ciudades con sus entornos territoriales, con las redes infraestructurales al servicio de esas relaciones y con la transformación de las condiciones naturales del propio territorio y la implantación de cada ciudad en su marco geográfico, entendido como soporte natural.

Pero hay algo más que decir sobre el conjunto de imágenes que han sido seleccionadas, que son de naturaleza muy variada, ya que entiendo que la historia urbana incluye lo que les concierne a las ciudades desde que, antes de nacer a la realidad material, son solo ideas y proyectos, antes de alcanzar la realidad en cualquier etapa hasta llegar a su situación actual, bien sea esta de plena vitalidad, o bien de abandonadas ruinas o admiradas piezas arqueológicas. Y, como podrá verse, entre esas imágenes seleccionadas hay algunas que son nuevas o inéditas, que aportan conocimiento nuevo, pero las hay también que son muy conocidas porque acompañan desde hace tiempo al conocimiento existente, y se incluyen aquí porque forman, ya en sí mismas, parte de esa historia de la historia urbana en documentos de obligada referencia.

Todo esto está siendo sobrepasado por las nuevas tecnologías digitales que permiten conocer la realidad de otra manera y están transformando las formas de transmisión del conocimiento (y proporcionando otro tipo de imágenes). Pero eso es una cuestión ajena a este libro, concebido y realizado a la vieja usanza. Vistas y planos,

totales o fraccionarios, son las formas de representación de lo urbano que integran su parte gráfica.

La representación gráfica como forma de conocimiento. Cartografía urbana y otras formas de representación

Durante mucho tiempo la representación de lo urbano fue mucho más un arte que una ciencia y una técnica. Dibujos de personas y animales, a veces fantásticos, llenaban los ángulos o los márgenes. Otras veces eran representaciones que tenían un valor más iconográfico que documental, en el sentido de ser solo representaciones con una cierta relación de semejanza con el objeto representado. (En el caso extremo, una representación genérica ha servido para varias ciudades simplemente cambiando el rótulo con el nombre de cada una.)

Y ocurre también que muchos planes de esos, al intentar añadir información, insertaban no solo leyendas, sino también pequeños dibujos integrados que son iconos menores (huellas de pies humanos para identificar los caminos, por ejemplo), como símbolos indicadores de situaciones o de funciones localizadas, y acababan adquiriendo entonces un valor de representación ideográfica, cuando no ocurría que toda la composición no trataba de ser exactamente una representación, sino de transmitir una idea.

Por otra parte, relacionado con todo esto, hay otro aspecto de las formas de representación gráfica, que es el de la inclusión de dosis variables de subjetividad procedentes de la formación y de la personalidad del autor, que se traducen en la forma que adopta esa representación (ni siquiera la fotografía es absolutamente impenetrable a la intencionalidad subjetiva), y ello es especialmente visible cuando se trata de croquis y de dibujos. Basta para verlo comparar, por ejemplo, la fresca expresividad de los dibujos de Van den Wyngaerde con las prolijas y muchas veces estereotipadas “vistas” contenidas en el *Civitates Orbis Terrarum*, contemporáneo de aquellos, o con el romanticismo muy posterior de Roberts. Y puedo añadir una nota personal: a mí, que le traté bastante, siempre me ha emocionado ver cómo la forma temblorosa de los sencillos croquis a plumilla de mi maestro Torres Balbás contribuían a comunicar el carácter incierto e irregular de la morfología característica de los intrincados viarios musulmanes. Todo el mundo sabe que el dibujo puede ofrecer visiones sintéticas uniendo partes distantes en la realidad (incluso no visibles simultáneamente desde el mismo punto), o bien destacar intencionadamente aspectos interesantes de

la realidad que al autor han atraído y que pueden pasar desapercibidos en una representación puramente objetiva. Por eso se incluyen también aquí apuntes, esquemas y hasta algún garabato.

Creo que, en sentido estricto, el plano urbano más antiguo que se conoce es el realizado en 1502 por Leonardo da Vinci de la ciudad de Imola, realmente sorprendente para su momento. Aún no se sabe bien cómo pudo hacerlo con los medios métricos y la mentalidad de la época, ya que, tanto entonces como durante mucho tiempo después, los planos tenían mucho más de vista que realmente de plano, pues estaban dibujados en una perspectiva imaginada, “a vista de pájaro” desde un punto exterior más o menos elevado, y la altura de la edificación representada en primeros términos ocultaba lo que estaba detrás (parte del trazado viario y de la forma de las manzanas) y falseaba unas proporciones imposibles de comprobar. Por eso, ya mucho más tarde, los cartógrafos, conscientes de esa falta de valor informativo, empezaron a dibujar en planta aproximaciones (medidas o no) del sistema viario metiendo dentro de las manzanas unas apretadas y desproporcionadas visiones de la edificación en perspectiva, a veces solo de edificios singulares y otras veces sistemática y totalmente, como ocurre en tan conocidos e importantes planos como el Texeira, cuyo viario llegó a estar rigurosamente medido y representado íntegramente a escala, pero a costa de inexplicables cortes de la edificación para no sobrepasar los límites de las manzanas con su representación de acuerdo con lo que exigiría la perspectiva.

Otro aspecto de la representación gráfica de la ciudad (interesante en su aplicación al conocimiento de su ámbito territorial) es la altimetría, dada por la aparición de las curvas de nivel en la moderna cartografía, que reproducen la variable altura del suelo gracias a la técnica que permite medir mecánicamente la altitud de cada punto y representar así con toda exactitud la topografía, sustituyendo las formas anteriores de hacerlo por sombreado o por unos conjuntos más o menos tupidos de trazos lineales que simulan las formas del terreno, como aparece en muchos planos de los siglos XVIII y XIX.

La fotografía vino a añadir una nueva forma de conservar imágenes visuales, exactas y detalladas, de la realidad de cada momento, incluida muy abundantemente la realidad de las ciudades y de lo que les ocurría. Por ello, a partir de su aparición, se hace imprescindible contar con ella para la construcción de la historia urbana y para ver cómo es hoy lo que ha resultado del paso de la

historia. Y, por supuesto, bienvenidas sean las modernas técnicas de representación en 3D, e incluso las espectaculares reconstrucciones ideales (¿fiables en todo?) que nos están ofreciendo.

Finalmente, están aquellas representaciones de las ciudades (en “vistas” y en “planos”) que muchas veces no las reflejan como fueron, sino como se quiso que fueran: son las vistas y los planos de los planes, que lógicamente tienen una importantísima presencia en una historia del urbanismo, ya que esta no es solo la historia de los hechos físicos materiales que constituyeron las ciudades, sino también la historia de las ideas que fueron existiendo para la creación, modificación o tratamiento de las mismas, incluyendo aquellas que no llegaron a salir del mundo de las ideas, pero que forman también claramente parte de esta historia, pues desde ese mundo de las ideas desarrollaron una influencia que a veces fue tan importante o más que muchas realidades, como ocurre con tantas importantes y fértiles propuestas teóricas que no pueden ser olvidadas aquí.

Fraccionamiento cronológico de un relato multiseccular

La usual división en etapas, difícil de evitar a pesar de los inconvenientes señalados por las críticas de la misma, se ha realizado aquí siguiendo formas convencionales, pero lo cierto es que ese fraccionamiento, de indudable utilidad práctica, parece aceptable al coincidir cada capítulo con etapas que, en términos generales, mantienen una cierta entidad propia, aunque sean cada vez temporalmente más breves y los capítulos cada vez más largos, pues a medida que avanza la historia crece la complejidad y la variedad de los aspectos que conviene considerar, al mismo tiempo que crece también el conocimiento y la documentación disponibles.

El resultado es este conjunto de capítulos que ofrece una visión completa de una historia urbana española, referida fundamentalmente al proceso de constitución y configuración física de la realidad urbana como secuencia, yuxtaposición y superposición de una serie de situaciones que han ido sucediéndose, sin olvidar esas ramas muertas de la historia constituidas por más o menos ordenadas escombreras arqueológicas, situadas en “campos de soledad” y “mustios collados”, que fueron en tiempos realidad urbana viva, como “Itálica famosa”.

Espero que lo que aquí se ofrece pueda constituir una contribución más al entendimiento de la historia del

INTRODUCCIÓN

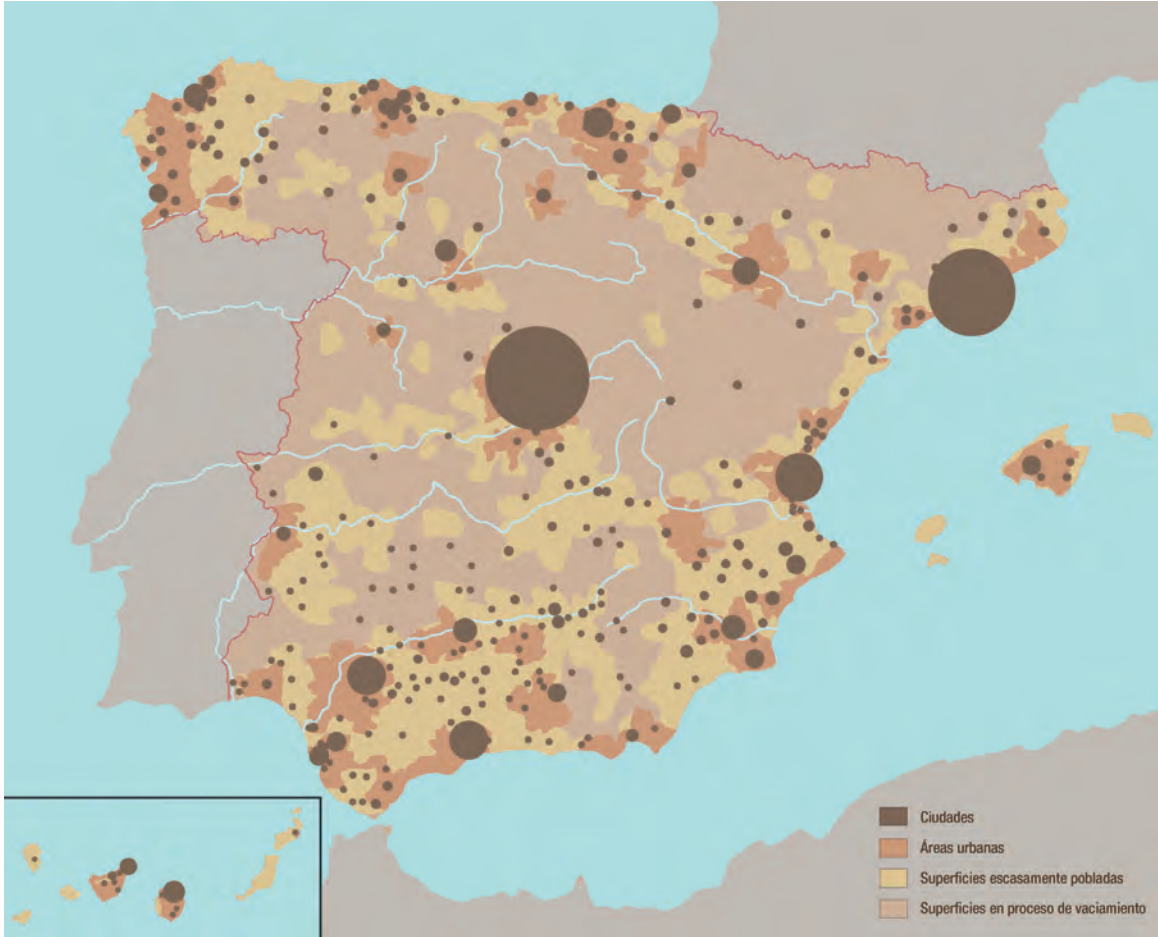
urbanismo y un instrumento útil de trabajo y de conocimiento general. Así lo creo desde que, siendo aún estudiante, cayó en mis manos el *Atlante* de Morini¹⁰, y pude comprobar su interés y su eficacia, al mismo tiempo que lamentar la insuficiencia y debilidad de las referencias a las situaciones españolas que en él había. Ya me había ocurrido lo mismo con el *Manual de arte civil* de Werner Hegemann¹¹, de escandalosa ignorancia sobre lo hispánico. (Más tarde he vuelto a comprobar la utilidad de ese tipo de obras y a lamentar esas y otras insuficiencias, al verlas en manos de alumnos y de compañeros de trabajo, y ello justifica en parte el carácter un tanto difusor de este intento mío actual.) Quedaba claro que lo ocurrido en este país se merecía un mayor y más detenido tratamiento, que es lo que se propone hacer precisamente ahora esta obra, concebida de modo parecido a la del maestro italiano, tratando de contribuir a hacer una historia del urbanismo, entendida como forma de conocimiento del proceso de formación y transformación de lo que ahora nos rodea. Porque no es la recreación de lo ocurrido el principal objetivo, sino la comprensión de cómo ha llegado a ser como es la realidad actual, la realidad urbana en la que vivimos. Ello nos permite enfrentarnos en mejores condiciones con su entendimiento y con su tratamiento. Y a ello nos ayuda decididamente el pasado, porque lo que más interesa aquí del pasado es que sigue activo¹².

Agradecimientos

Está claro que este libro no podría haberse hecho más que contando con el inmenso y valioso conjunto de los trabajos existentes, antiguos y recientes, realizados para el conocimiento de la historia urbana de este país, que he ido utilizando constantemente como fuentes y apoyos, con alguna aportación de investigación propia (ya que alguna sí que hay) y abundante reflexión sobre las ajenas. A todos los autores que figuran en la bibliografía utilizada en cada capítulo (algunos de ellos admirados maestros, otros amigos personales también admirados y otros que forman ese conjunto de historiadores jóvenes personalmente desconocidos, pero también admirados) deseo manifestar aquí mi respeto por su dedicación y trabajo, así como mi agradecimiento, que extendiendo, por supuesto, a todos quienes me han permitido utilizar imágenes por ellos tomadas o creadas, que se añaden a las tomadas o creadas por mí o por mis colaboradores, cuya labor ha sido muy importante no solo por eso, sino también por su decisiva ayuda en la composición de la forma editorial del resultado. De un modo muy especial deseo mostrar aquí mi agradecimiento a Beatriz Calvo, que me ha ayudado

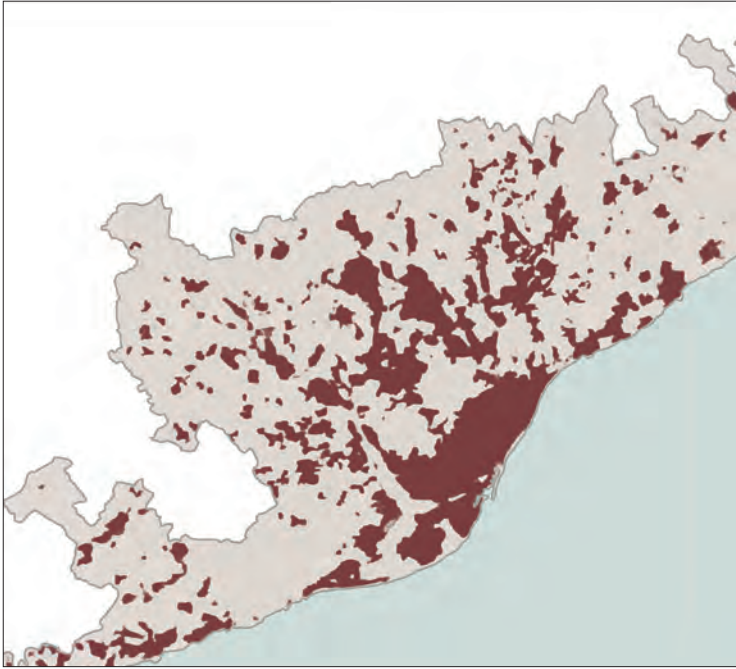
en la localización y recopilación de parte del material gráfico, ha realizado su frecuentemente necesario tratamiento y se ha ocupado del diseño de los mapas. Y, sobre todo, quiero expresar mi inmensa gratitud a la ayuda enorme que he recibido de Ricardo Sánchez Lamprea-ve, más que un colaborador, por su constante y siempre acertado consejo y por sus numerosas y valiosas aportaciones, que van mucho más allá de los aspectos formales de la edición. Quiero añadir que, a lo largo del libro, he ido utilizando también abundantemente anteriores obras mías, pues no veía la necesidad de contar de otro modo aquello sobre lo cual ya había pensado y escrito anteriormente (aunque ya esté publicado) en las ocasiones en que me ocupé de los mismos hechos y de la misma historia de un modo mucho más pormenorizado, que creo que no corresponde al carácter de la presente obra, aunque allí sí lo hiciera. Pero remito al lector que esté interesado en conocer tanto el detalle como la referencia exacta del muy abundante apoyo documental en que está basado a las obras de cuya exhaustividad he prescindido ahora, dado el muy diferente carácter de esta obra actual¹³.

- 1 Entre tantas obras que han tratado el tema de la peculiaridad de la historia como forma de conocimiento y su diferencia con el conocimiento proporcionado por la ciencia, tema especialmente debatido en aquel periodo histórico de los años setenta y ochenta del siglo pasado, tan interesado por las cuestiones epistemológicas, pueden verse las siguientes obras: Arthur Marwick: *The Nature of History*. Londres: Macmillan, 1970; Maurice Mandelbaum: *The Anatomy of Historical Knowledge*. Baltimore-Londres: The Johns Hopkins University Press, 1977; Rex Martin: *Historical Explanation*. Ithaca-Londres: Cornell University Press, 1977; y Ronald F. Atkinson: *Knowledge and Explanation in History*. Ithaca-Londres: Cornell University Press, 1978.
- 2 Edward Hallett Carr publicó su conocido y estimulante libro *What is History?* por primera vez en 1961. De él hay por lo menos trece ediciones en español. Allí dice: “El estudio de la historia es un estudio de causas. El historiador pregunta continuamente ¿por qué?”. E. H. Carr: *¿Qué es la Historia?* Barcelona: Ariel, 1987.
- 3 Christian Engeli y Horst Matzerath (eds.): *Moderne Stadtgeschichtsforschung in Europa, USA und Japan*. Stuttgart: Kohlhammer, 1989.
- 4 Fernando de Terán: “Historia urbana moderna en España. Recuento y acopio de materiales”, *Ayer* n.º 23, Madrid, 1996.3, pp. 87-107.
- 5 Sobre la constitución y la naturaleza de la nueva disciplina y el estado de la cuestión pueden verse los numerosos e interesantes trabajos contenidos en Harold James Dyos: *The study of Urban History*. Londres: Edward Arnold, 1968.
- 6 Fernando de Terán: *Historia del urbanismo en España. Siglos XIX y XX*. Madrid: Cátedra, 1999.
- 7 Tomo un número cualquiera de una de las varias revistas que encuentro habitualmente en los quioscos dedicadas a la historia. La realidad sobrepasa lo imaginado. Una portada atractivamente diseñada adelanta algunos temas estelares de los que figuran en el sumario que aparece luego. Son siete en total, completamente dispares, que van desde la España prerromana a la Sociedad de las Naciones de 1939. En la contracubierta se nos explica cómo acceder, a través del código correspondiente, a “la historia en un clic, desde la prehistoria a nuestros días” en una web que ofrece dossieres monográficos, artículos sobre batallas, hallazgos arqueológicos, biografías, mapas, infografías, vídeos, etcétera. En el número colaboran, según consta inicialmente, dieciocho historiadores, varios de ellos profesores, que, junto con varios periodistas, escritores y algún filósofo, firman los artículos grandes o pequeños (un total de veintiuno) y atienden a las secciones de correo (cartas de los lectores), noticias, efemérides y fotografía. Verdaderamente admirable.
- 8 Entre las antiguas está el ya clásico *Resumen histórico del urbanismo en España*, que editó por primera vez en 1954 el Instituto de Estudios de Administración Local (Madrid) con valiosas aportaciones de Leopoldo Torres Balbás, Luis Cervera Vera, Fernando Chueca Goitia y Pedro Bidagor. Entre las posteriores puede citarse la *Historia del urbanismo en España*, editada por Antonio Bonet, en tres tomos cuyos autores somos Manuel Montero Vallejo, María del Mar Lozano y yo (Madrid: Cátedra, 1999).
- 9 Diccionario de la Real Academia Española.
- 10 Mario Morini: *Atlante di Storia dell'Urbanistica*. Milán: Hoepli, 1963.
- 11 Werner Hegemann y Elbert Peets: *The American Vitruvius: an Architect's Handbook of Civic Art*. Nueva York: Architectural Book Publishing, 1922. (Trad. como *Manual de arte civil para el arquitecto*. Barcelona: Fundación Caja de Arquitectos, 1993).
- 12 Fernando de Terán: *El pasado activo. Del uso interesado de la historia para el entendimiento y la construcción de la ciudad*. Madrid: Akal, 2009.
- 13 Insisto en señalar el carácter que tiene esta obra que, sin renunciar a aportar conocimiento nuevo y nueva reflexión, no intenta aportar información exhaustiva (que está hoy disponible por muchos medios), sino claramente selectiva, ni tampoco abrumar la lectura con el constante apoyo de rigurosa erudición que, sin embargo, puede encontrarse en la bibliografía citada en cada capítulo, en la cual se encuentra la referencia a mis propias obras anteriores. Además de las obras más citadas en las anteriores notas 4, 6, 8 y 12, añado ahora otras tres que también he utilizado en este libro: *Planeamiento urbano en la España contemporánea* (Barcelona: Gustavo Gili, 1978; Madrid: Alianza, 1982, 2.ª ed.), *Madrid* (Madrid: Mapfre, 1992 y 1993) y *Antes de salir por la puerta del tiempo* (Madrid: Lampreave, 2017). A esta relación de libros habría que añadir la lista de mis trabajos monográficos que se incluyen en la bibliografía de los capítulos correspondientes.



España es uno de los países de la Unión Europea con mayor cantidad de población (el 80 %) concentrada en áreas urbanas, que ocupan solo el 9,6 % del territorio nacional (tono medio), representadas aquí por su extensión geográfica aproximada. Dentro de ellas se encuentran las ciudades (tono oscuro), representadas por círculos proporcionales al tamaño de su población. Están distribuidas de forma muy irregular y entre ellas hay grandes superficies territoriales escasamente pobladas (tono claro), e incluso en proceso de vaciamiento (tono más claro), representadas también por su extensión geográfica aproximada.

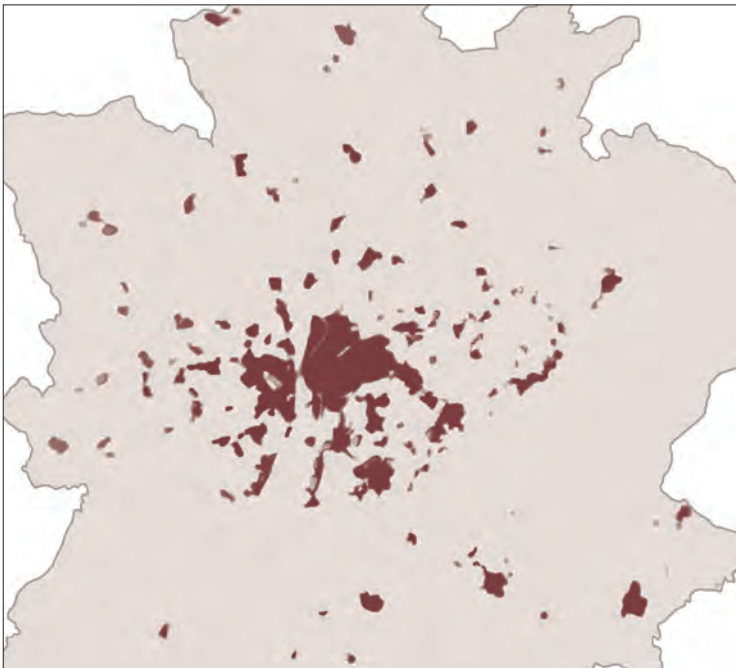
INTRODUCCIÓN



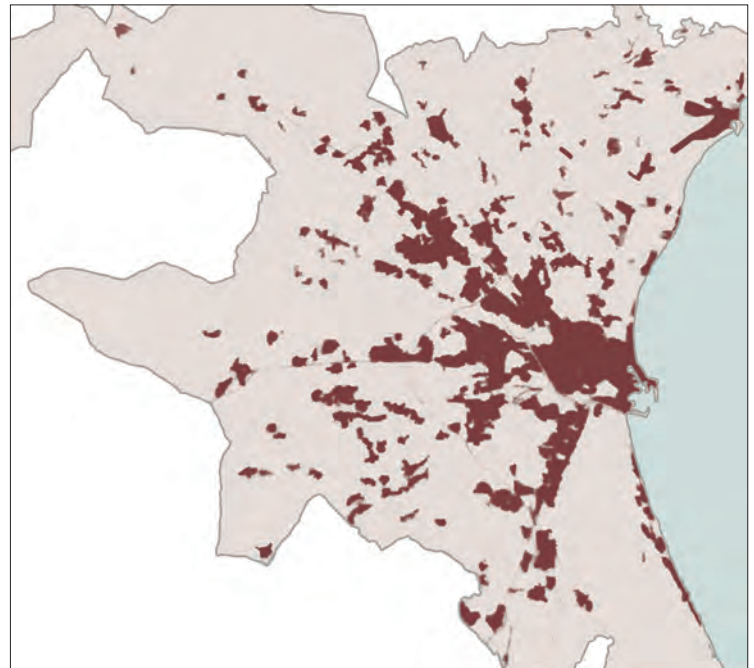
BARCELONA



MADRID



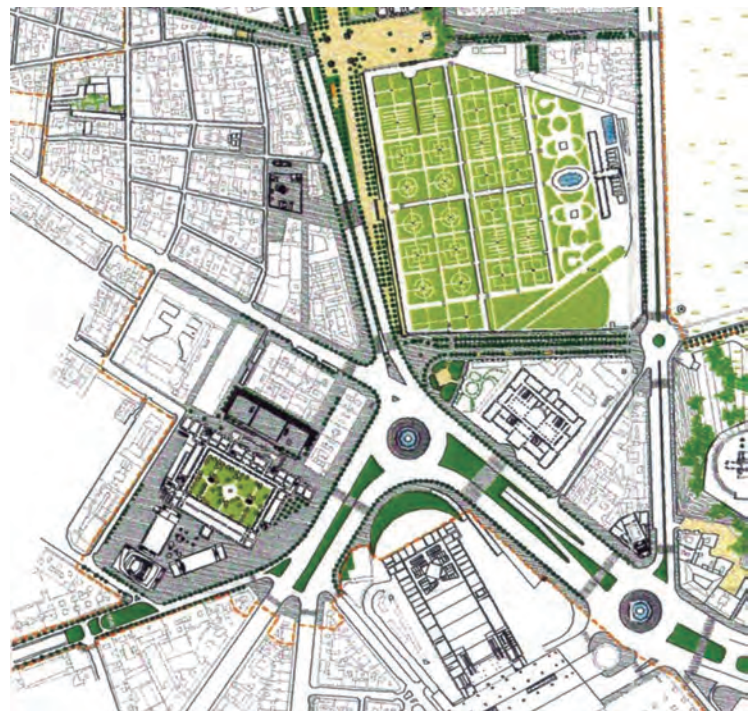
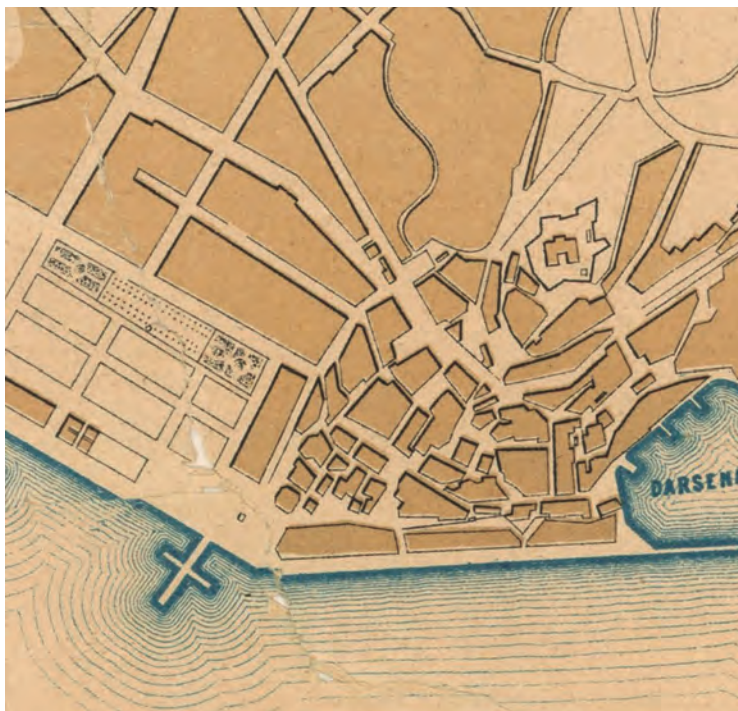
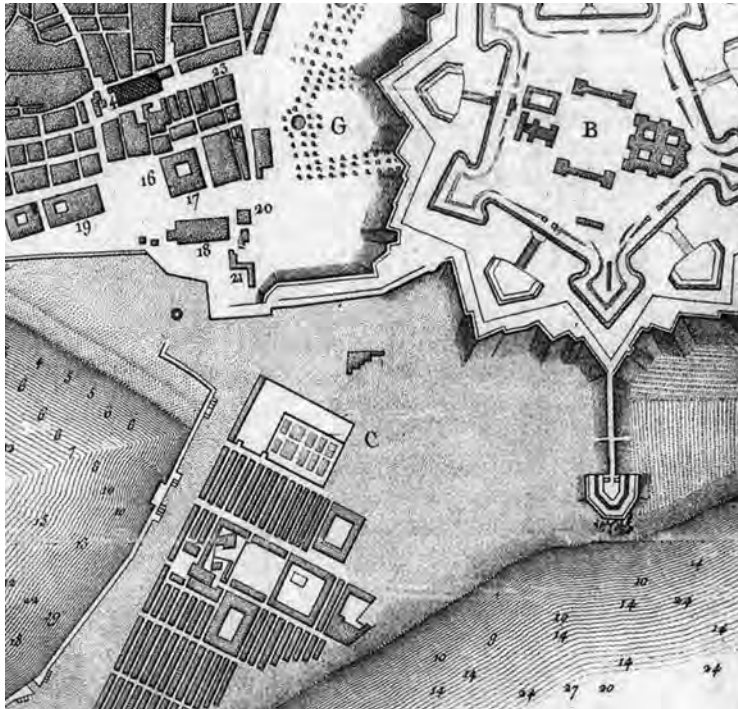
SEVILLA



VALENCIA

Esa concentración ha dado lugar a aglomeraciones que ya no pueden ser entendidas como lo eran las ciudades, porque su naturaleza y su funcionamiento son muy diferentes. Se han transformado en eso que llamamos áreas metropolitanas y regiones urbanas.

INTRODUCCIÓN



Fortalezas, murallas, acueductos, grandes edificios, plazas, grandes vías y jardines son elementos singulares de importancia que también configuran y contribuyen a la heterogeneidad interna que queda recogida en los planos.



En estos momentos, la historia en general y la historia urbana en particular despiertan un sorprendente interés público, editorialmente respondido no solo por el aumento de la bibliografía especializada, sino también con amplia difusión general, incluso por revistas de venta en quioscos, campañas publicitarias y programas de televisión.

Revistas habituales dedicadas exclusivamente a historia en el quiosco de la plaza de la América Española de Madrid (febrero de 2022), y autobús de línea fotografiado en el centro de Madrid, anunciando un gran espectáculo que tiene por argumento la historia de España.